



Sólo al Señor, sólo al Señor todo honor y toda gloria.

Palabras de Mons. Pedro Meurice Estiú al concluir la Eucaristía del 18 de febrero de 2007, en la Catedral de Santiago de Cuba.

Bien hermanos, todavía les molestaré por unos minutos. Una vez más solicitaré la paciencia de ustedes, pueden estar seguros de que ésta será la última vez.

No sé por dónde empezar ni por dónde terminar.

Esta es la última misa que he celebrado como Arzobispo de Santiago de Cuba. La última vez también como Arzobispo.

No quiero terminar sin dar gracias a Dios por mis setenta y cinco años y por los cuarenta años de Arzobispo.

Agradecerle a Dios que me dio la vida, que me dio mis padres y mis hermanos.

Agradecerle la familia que me dio, los amigos que me dio.

Agradecerle a Dios que me llamó a la fe en la Iglesia Católica.

Agradecerle a Dios por el párroco y los párrocos que tuve y que me presentaron para el seminario.

Agradecerle a Dios por el arzobispo Zubizarreta que me aceptó y me mandó al seminario.

Agradecerle a Dios por los compañeros que tuve en el seminario.

Agradecerle a Dios por el rector Madariaga; por los perfectos, sobre todo los de disciplina, que me ayudaron a coger el camino recto.

Agradecerle a Dios por el inolvidable Mons. Enrique Pérez Serantes, que me ungió sacerdote... Mons. Pérez Serantes tuvo que yo sepa un solo error en su vida, y fue el llamarme para que fuera su obispo auxiliar, sucesor de él. Él me enseñó con su vida, con sus palabras... pero yo soy duro, Dios lo sabe, de "coco" y de corazón.

Todas las gracias y dones que Dios me ha dado yo no las he sabido corresponder, y no es una exageración. Cada cual sabe su historia; ustedes saben la suya, como yo sé la mía y no miento. Solo les digo que en mi barca no hay oro ni plata, ni espadas, no.

Agradecerle a Dios por los sacerdotes que me ha dado. Que cuando yo digo que son el mejor clero del mundo se ríen y creen que no lo digo de verdad. Pero es verdad. Yo sí me puedo reír cuando ellos dicen que soy el mejor obispo del mundo.

Agradecerle a Dios, y lo he dejado para el final pensando que llegaba sereno, agradecerle a Dios por ustedes. Lo que les dije al principio es verdad, no he sabido ser lo que tenía que ser. Ustedes han hecho la obra, ustedes lo han hecho.

La Iglesia que somos hoy, ustedes la han hecho. El Espíritu Santo y nosotros, pero ustedes son los que han hecho. Yo sólo tengo una excusa, a mi me formaron en el seminario y después en la universidad, pero no me enseñaron cómo sería después. Yo fui y regresé a Cuba el 28 de octubre de 1958, y en un año y medio me cambiaron las cartas de la baraja. Y para qué voy a hablar si ustedes saben mejor que yo.

Dice en latín soli Deo honor et gloria. Sólo al Señor, sólo al Señor todo honor y toda gloria.

Quisiera que la última imagen que ustedes conservaran de estos cuarenta años de

arzobispado, sea la de esta noche. Una eucaristía con toda la comunidad de hermanos en la que hemos orado y dado gracias al Señor y hemos participado en el reconocimiento, en la persona de estos hermanos, a todo el pueblo de Dios de Santiago de Cuba todo lo que han hecho por la Iglesia en este tiempo.

Dicen los guajiros que nunca está más oscuro que cuando va a amanecer. Yo no soy profeta, ni me atrevo a decir cosas de ésas nunca, nunca, nunca. Hay día y hay noche, después de la noche viene el día o después del día viene la noche; yo espero que vendrá un día esplendoroso, un día de sol en el que todos los cubanos piensen como piensen; crean o no crean en Dios; estén donde estén, dentro de Cuba o fuera de Cuba; todos sufriendo por Cuba y esperando por Cuba. Llegará el día en que tanto dolor y tanto sufrimiento, tanto trabajo, tanto sudor, no serán en vano, darán su fruto y fruto abundante. Y todos podremos gozar de alegría, de paz, de unidad.

Eso supone un trabajo previo que se está haciendo y que de manera especial les encomiendo ahora, que es el trabajar y luchar por la reconciliación de todos los cubanos. Y se cumplirá lo que dicen hoy las escrituras.

Así quiero que me recuerden cuando digan aquel arzobispo gordito... la última vez fue la de la Honorificencia Pontificia a los hermanos. Quiero que también se acuerden de estas cosas que les voy a decir, que lo tomen como mi última palabra, como una última petición.

La última petición es que el mundo no cambia, Cuba no cambia sino se lo pedimos a Dios con una insistencia y una constancia renovadas. Hay que orar, orar, orar, orar... Rezar, rezar, rezar... para arrancarle a Dios por intercesión de nuestra Madre, María de la Caridad esa gracia.

No sólo por esa gracia, sino por lo que viene después de ese momento. Lo primero es la oración, lo segundo es que el mundo de hoy, aunque no tengamos mucho acceso aquí a eso, ha cambiado y está cambiando mucho. Y nosotros la Iglesia Católica, si queremos cumplir la misión que Dios nos encomienda en el mundo, tenemos que renovar mucho, mucho, mucho nuestra iglesia. Empezando por renovarnos nosotros mismos por dentro.

Cuando digo renovar, es renovar nuestras prácticas pastorales y aun en nuestra misma formación tenemos que poner muchas cosas al revés de como están ahora.

Esto es primero trabajar por la reconciliación; segundo orar, orar, orar; rezar, rezar, rezar; tercero cambiar, todos unidos sacerdotes y fieles cambiar, empezando por cambiar el corazón.

Cuarto, no hay cristianismo, no hay iglesia católica sino hay el culto verdadero a Dios en espíritu y en verdad, sin culto no hay Iglesia Católica.

Les decía reconciliarse, orar por la reconciliación, cambiar las cosas... no se es cristiano si no se compromete con la fe de tal manera que va a comunicarla a los demás, la misión, la evangelización. Si no hay oración no hay fe, sino no hay culto al Dios verdadero no hay crecimiento en la fe, sino hay evangelización no hay compromiso en la fe, no hay crecimiento en la fe.

No olviden nunca que somos discípulos de un crucificado. Si la cruz no está en medio de nosotros, y si no vivimos la cruz no somos cristianos simplemente. Tendremos de todo, construiremos unos templos maravillosos, no sé cuántas cosas más, pero si no vivimos la cruz no hay cristianismo.

Nuestra Señora de la Caridad, ella es la que tiene el secreto la llave de cómo se entra a la puerta del corazón del pueblo cubano. Ella es la que tiene el secreto y esa llave, cuando vamos con esa llave nadie dice no. Tenemos primero que vivirlo como ella, buscar que se

haga en nosotros la voluntad de Dios y llevar esa dedicación y esa devoción a todos los demás.

Estoy tan emocionado que debo terminar ya, no quiero llorar, ni quiero que otros lloren.

Quiero en el día de mi jubilación, júbilo y alegría. **ME VOY, PERO NO ME VOY DE CUBA, ESTOY SEMBRADO AQUÍ GRACIAS A DIOS, PORQUE AQUÍ NACÍ EN EL PUEBLO MÁS HERMOSO DE CUBA QUE SE LLAMA SAN LUIS, Y NO ME VOY DE AQUÍ, NI AUNQUE ME ARRANQUEN.**

Tomado de: Nosotros Hoy - Segmento noticioso del Sitio WEB de la COCC